

LAS FERIAS DE NUESTRA NIÑEZ

JULIO GARCÍA ORTIZ

Los que por edad rondamos ya los 70, cuando llegamos estas fechas la nostalgia nos hace retroceder con la mente a aquellos años de nuestra niñez; concretamente al lustro que abarca desde 1955 a 1960.

Habría quien diga: *“que las ferias son todas iguales”*. Los actos religiosos en honor del Cristo, la pólvora, los toros, el ferial y su ambiente festivo etc. etc. Pero no es así. Las ferias las marca la sociedad y las circunstancias de cada momento.

En los años de referencia, aunque a nivel nacional atrás iban quedando las secuelas de la guerra civil, las normas político-sociales del régimen gubernamental permanecían plenamente en vigor. Si en el aspecto económico se habían superado las penurias económicas de la postguerra, aun así, como por regla general en los hogares consaburenses no sobraba mucho, se escatimaba todo lo que se podía. Por ello, en su ambiente, las ferias de aquellos años 50 se asemejaban más a las de décadas anteriores que a las actuales; pese a que, en lo esencial, su programación permanece inalterable a través de los tiempos.

Para los más pequeños, y esto no ha cambiado, las vísperas, por lo que anhelan, son algo especial. Siendo alumnos de los Hermanos de La Salle, mientras esperábamos en la plaza de España la matinal entrada al colegio, el 18 y el 19 de septiembre ante nuestros ojos pasaban con su ilusionante cargamento, enfilando la calle del Arco, rumbo a los alrededores del Amarguillo, los camiones de los feriantes. En esas circunstancias ya era imposible concentrarse en el estudio.

Entrados en el ambiente festivo, finalizado el novenario, siempre muy concurrido, llegábamos a la fecha del 20 de septiembre. A las 10 de la mañana en la ermita del Cristo se celebraba la santa misa y, a continuación, daba comienzo la procesión de “bajar al Cristo”. Al ser día laborable, el acompañamiento era mayoritariamente femenino. Recuerdo, que en una ocasión, con seis o siete años, acompañé a mi madre a la citada procesión, cuya carrera a la altura de la estrecha compuerta de la calle del Arco, entonces carretera comarcal, estaba adornada con un artístico arco de follaje. Todo marchaba de manera distendida. Pero al entrar la carroza del Cristo en la iglesia de San Juan comenzaron los emocionados vivas a su imagen y, aquello, por momentos, se convirtió en un mar de lágrimas que brotaban espontáneamente de todas las mejillas, entre ellas las de mi madre. Para mi corta edad,

aquel espectáculo me llegó a impactar de tal manera, que pensaba para mis adentros: *“Si el Cristo, en sus fiestas, en lugar de salir para alegría de los consaburenses, lo hace para entristecernos, mejor que se quedara en su casa”*.

Repuesto de aquel mal trago, a las 12 horas salían los gigantes y cabezudos. Les acompañaba la Banda Municipal de Música, que junto a los pasacalles de primera hora, todos los días celebraba conciertos en un templete de madera instalado en el recinto ferial.

Por la noche, como ahora: Solemne Miserere, concierto y luminaria. Dicho salmo, desde tiempo inmemorial hasta su desaparición, sería interpretado musicalmente por la Schola Cantorum del convento franciscano de la ciudad.

El día 21, a las 11 en San Juan tenía lugar la Solemne Función Religiosa y, por la tarde, la procesión de regreso del Cristo a su ermita. Como esa jornada se consideraba laborable hasta el mediodía, a partir de la 1 llegaban al pueblo, en carros, galeras y remolques tirados



EL CRISTO DISPUESTO PARA SU BAJADA A SAN JUAN, EN 1955

por mulas y algún tractor, que eran escasos, los cientos de vecinos dedicados a la agricultura. Muchos de ellos que habían hecho quintería toda la semana, nada más comer hacían cola en las barberías para físicamente ponerse a punto.

Con toda la población ya a pie de fiesta, familiarmente era costumbre el lanzar al menos una docena de cohetes "al Cristo". De ahí que durante horas el estruendo de los cohetes fuera una constante en todos los barrios de la ciudad; y ensordecedor al paso de la procesión, con el consiguiente riesgo general, ya que la cola de los cohetes era un simple carrizo y podían salir disparados sin control alguno en cualquier dirección.

Los fuegos artificiales, aunque menos sofisticados que ahora contaban con más castillos. Entre ellos había uno que gozaba de gran popularidad. A través de un cable que cruzaba el cauce del río, de cada lado del mismo salían, de uno en uno, una serie de artilugios pirotécnicos que chocaban en el centro destruyéndose unos a otros. La gente interpretaba aquello como un combate aéreo entre el barrio de Arriba y el de Abajo, por lo cual, el último cohete en apagarse era celebrado como victoria del barrio en cuestión. Era otra forma más de diversión.

Adentrados ya en el ferial, las atracciones, en menor número que ahora, se instalaban: unas entre el puente de hierro (el principal no existía) y el vado del río, y otras en los terrenos que ocupa la estación de autobuses, donde también podía hacerlo algún teatro-circo. De estos, todas las ferias, en diferentes lugares solía haber dos y a veces hasta tres.

Los carruseles, salvo la ola y alguno más, como los coches de choque, que funcionaban con electricidad, el resto lo hacían a base de fuerza, bien de los propietarios o de los mismos usuarios.

Sin alumbrado especial alguno, el resto del ferial se extendía como ahora, a lo largo del paseo Ramón y Cajal.

En el lateral del río se instalaban, en número elevado, las casetas de tiro, y en el de la muralla los puestos de regalos y juguetería, también abundantes. A partir de ahí las tómbolas, churrerías etc. En cuanto a las terrazas de bar, algunas pertenecían a bares fijos del pueblo y otras eran circunstanciales; pero todas ellas exclusivamente consaburenses. Ni que decir tiene, que los pollos asados, y otras especialidades de ahora no se establecieron hasta muchos años después.

Entre unos y otros pululaban los puestos, de gambas, que era impensable consumirlas en otro tiempo que no fuera la feria; así como los de turrón y otras menudencias, muy apropiadas estas económicamente para nuestros limitados bolsillos infantiles.

A los toros, por sus precios, era imposible asistir, a no ser con algún familiar. Algunos, "mozos", se arriesgaban a escalar los machones de la plaza con riesgo a algún percance físico o sanción gubernativa. Y, hablando de animales, junto a la Báscula Municipal se celebraba el ferial de ganado, de larga tradición y prestigio a nivel regional.

La feria también tenía su cara amarga. A ella concurrían numerosos mutilados: sin piernas, brazos o ciegos, los cuales, sentados en el suelo, sobre una manta, imploraban limosna en los lugares de mayor concurrencia.

Otro inconveniente, en este caso natural, podía ser la climatología, siendo rara la feria que no estuviera, en una o varias jornadas, pasada por agua. A ello se unía el transitar por un paseo embarrado y los frecuentes cortes de fluido eléctrico.

Por todo lo dicho: aquellas ferias de los 50 del pasado siglo, únicamente coinciden con las actuales en las fechas, en su programación oficial, y en la ilusión con que las pueda afrontar cada vecino. Pero, aunque Consuegra es un pueblo considerado "feriero", en el presente año, a causa de la situación sanitaria, tampoco la podremos celebrar en todo su esplendor.



**JÓVENES CONSABURENSES
MONTANDO EN LA OLA , EN LOS
AÑOS 50**

